

Buenas noches a todos y a todas.

Señor alcalde, don Alejandro Herrera; al resto de la corporación municipal; al párroco de nuestra parroquia del Dulce Nombre de Jesús, don Alejandro González; también a nuestro guanchero universal y cronista oficial, don Salvador Pérez: buenas noches.

Cómo no, saludar de forma especial a mi familia y amigos, que me consta que muchos han hecho un esfuerzo por estar presentes, y por supuesto a todos ustedes, vecinos y vecinas.

Gracias por acompañarme hoy, porque es muy especial para mí. Intentaré sacar esta lectura con ligereza... no prometo nada... pero entiendan que pocas veces he tenido la suerte de ver a la gente que quiero reunida; pocas veces se repetirá esto.

Dice el dicho que “nadie es profeta en su tierra”, y como ven, no es mi caso. También reza el refrán que “es de bien nacido ser agradecido”, así que déjenme comenzar diciéndoles que es todo un honor poner voz al inicio de nuestras fiestas en honor a Nuestra Señora la Virgen de la Esperanza (a la que tanto le he rezado yo esta semana). Don Alejandro, la pobre va a necesitar unas vacaciones cuando termine la fiesta.

Han sido días muy bonitos en los que mucha gente me ha enviado mensajes de cariño y de reconocimiento, dándome la enhorabuena por este encargo... así que hoy la mayoría de mis palabras van cargadas de puro agradecimiento. Quiero que esto vaya por delante.

Quiero enfocar este acto como si de mi mejor programa de televisión se tratara —que, al fin y al cabo, es a lo que me dedico—, sobre todo porque, a día de hoy, no me he enfrentado a un guion ni a un público tan importante como este.

Un programa que he querido titular: “Celebrando mi raíz”.

La primera sección de este programa la he querido titular “**El regalo**”, y aquí me gustaría contarles cómo me llegó esta propuesta.

Jueves 26 de junio. Ese día recibí una llamada del señor alcalde, don Alejandro, a las 9:35 de la mañana. Yo, a esa hora, suelo estar en la redacción de mi programa *Ponte al día* con el guion. Supuse que me ofrecería presentar un acto de la fiesta, la Reina de la Cosecha o quizá abordar algo informativo. Este equipo de gobierno recién había llegado a la alcaldía, e imaginé que quizás sería algo relacionado con la actualidad.

En lugar de todo eso, el señor alcalde me ofrece ser la pregonera de las fiestas de La Guancha 2025. Eran las 9:35 de la mañana, apenas con un café y el estómago vacío.

“Yo cogí la silla y me senté”...

No todos los días se le ofrece a una la posibilidad de demostrar el cariño al pueblo, de engrandecer las calles que me vieron nacer y crecer, y al mismo tiempo asumir el papel de dar el pistoletazo de salida a las fiestas.

Con un nudo en el estómago y, tras consultar las fechas, a los minutos, sin pensarlo, le dije: “Alejandro, cuenta conmigo”.

Pues desde entonces no he pegado ojo... y ustedes dirán: “Con la experiencia que tiene ella...”. pónganse aquí...

Cambiando el tono, aceptar este regalo también lo vi como una posibilidad: la posibilidad de poner voz y rostro a las personas que me han ayudado, de alguna manera, a que yo esté hoy leyendo estas líneas.

Escribir este pregón ha sido todo un viaje hacia las costumbres y recuerdos de mi vida aquí. Un ejercicio de memoria y corazón que me ha llevado incluso a llorar y también a sentir nostalgia por lo vivido.

Entiendan que rememorar esto desde la isla de al lado, a unos 150 km de distancia de aquí, pesa un poco más. Solo espero estar a la altura del pueblo al que más quiero y querré... porque La Guancha son mi padre y mi madre, mi abuela, mis hermanos, mis amigos... el soporte de todo lo que soy a día de hoy.

Así que, si me permiten, quiero hablarles de **mis raíces**... y así he querido que se llame el siguiente capítulo.

Soy nacida y criada aquí, en el Lomo de la Campana. Nieta de Nievitas y Juan el Papelero; hija de Juan Manuel y de Nuria.

Y, como sabiamente averiguaríamos aquí...

Cualquier vecina podría decir: “Que sí, muchacha, ella viene de los tejeros de La Guancha Abajo”... o también: “Pareces boba, la chica es de los papeleros de La Cañada”... o “Una de las nietas de Nievitas”... o “¿Pero quién dices tú? ¿La de los domingos por la noche o la que sale todos los días a mediodía?, la de mediodía, una de las gemelas de la Campana”.

Yo les voy a contar de dónde vengo.

Vengo de una familia, primero, trabajadora, sencilla y arraigada a estas tierras. Y aquí quiero brindar el protagonismo que merecen mis orígenes, porque abrazar de dónde venimos nos permite vivir un presente consciente y enraizado.

Nos situamos en La Guancha Abajo. Allí, con mucho esfuerzo y coraje, mi bisabuela “Rosario la Tejera” sacó adelante a sus hijos. Una mujer infatigable, que trabajó mucho porque mi bisabuelo Chano, como muchos guancheros, emigró a Venezuela... y ella, a la que pocos le tosían, sacó adelante a sus hijos, cuidó de sus animales, atendió sus terrenos en Las Colmenitas e incluso llegó a pasar noches sola en el pajal. No hace mucho leí, de su puño y letra, las cartas que enviaba a su hijo Manolo a Venezuela, y daban buena cuenta del carácter que tenía. Pero, como dice mi padre, era “una puntal”.

En esa casa de La Guancha Abajo, que hoy en día es la de Juanito, el del número 1, por debajo de la iglesia, se crió mi abuela Nievitas, y también creció junto a ellos mi abuelo Juan.

Mi abuelo fue conocido como “Juan el Papelero”. Era cabuquero: recorría, a golpe de pico, las galerías de La Guancha, San Juan de la Rambla y gran parte de la comarca norte. Además, como bien indicó en su lectura el querido y reconocido periodista y cronista de este pueblo, Salvador Pérez, desmontaba el barranco de La Asomada llenando camiones de tierra a pala, para que luego mi bisabuela Anita lo compensara con un buen caldero de garbanzas.

No tuve la suerte de conocerlo, pero no conozco a nadie que no me hablara bien de él. Dicen que era buena persona, alegre, trabajador y conocido por buscar cualquier excusa para salir al callejón

que había entre la casa de mi abuela y Carmitas, a pelar un buen caldero de papas, para hacer de todo una fiesta, siempre en comunidad con los vecinos, como nos gusta a los guancheros.

Por este motivo, me gustaría que este pregón también sea un homenaje a mi abuelo, **Juan el Papelero**. Estoy segura de que, aunque no nos hayamos conocido, estará orgulloso de mí allá arriba.

Mi abuela Nievitas, afortunadamente aquí presente, no solo ayudó a cuidar de sus hermanos —entre ellos mi tío Manolo, que está hoy aquí—, sino que fue una de tantas mujeres guancheras que trabajaron en la empaquetadora de plátanos “Los Carnitos”, en San Juan de la Rambla. Aún presume de que en aquel entonces la piropeaban y le decían que pocas mujeres tan guapas como ella en La Guancha. ¿O no, abuela?

Mi padre aquí nació y se crió. Guanchero de cepa, pero de la pura. Conocedor de la zona y de su gente, amante de la agricultura, sus manos han trabajado de sol a sol para que en casa no falte nada. A diario, humilde y silencioso, en su finca de Las Colmenitas mantiene viva la tradición agrícola del pueblo, buscando siempre preservar nuestras costumbres. Como bien dice, él es feliz ahí.

Y del Tanque llegó mi madre en el 87, una joven morena a la que habituarse le llevó un tiempo pero que, con los años, se convertiría en el alma de nuestro barrio. Alegre y generosa... gracias a ella, la cocina de mi casa sirvió muchas cafeteras de café, ayuda y atención cuando alguna vecina lo necesitó, además de ser una infinita dispensadora de risas y alegría. Dosis que sigue regalando sin escatimar, y quien la conoce sabe de lo que hablo. Como decía, mi padre se la trajo “de un ala” y ahí están, 38 años después.

Mi hermana Tara ha sido la otra mitad de mi vida en el pueblo. No tengo anécdota ni vivencia por las calles de La Guancha sin ella; siempre estábamos juntas. **Don Sebastián** nos bautizó en esta parroquia del Dulce Nombre de Jesús y, como a muchos vecinos de la generación, obligó a mis padres a ponernos un nombre compuesto. A don Sebastián eso de nombres raros nunca le convenció. Así que, oye: María Wendy, Alejandra Tara... mis padres, con suerte, se enteraron antes del bautizo; ojo, que tengo entendido que muchos se enteraron con los años...

El Lomo de la Campana donde crecimos, ya con el tiempo Los Geranios, siempre fue una zona tranquila, algo apartada del casco, más a mano del Pinalete, de vecinos unidos. Allí, las verdaderas flores que daban vida a lo cotidiano —y aquí mi homenaje a ellas— fueron: **Nena, Carmitas, Lila, Esperanza, Mema, Meles, Nieves, Rosarito y mi abuela Nievitas**. Ellas simbolizaron el **Ramo de Geranios**.

Entre ellas tejían los días con olores a comida por el callejón; con llamadas diarias de Nena a casa de Tata, mi abuela; con el riego temprano de Esperanza a sus cuidadas flores de la terraza; con Lila siempre vigilante desde su ventana, acechando hasta la curva de Amador; o con Nieves, que, al grito de “¡Nieviiiitas!”, nos informaba desde la azotea quién se había muerto con el repique de campanas.

Pero ya sabemos cómo funciona la vida, y la mayoría de estos geranios ya se marchitaron... aunque su olor y sus raíces siguen intactos.

Por eso hoy celebro mi raíz.

En este punto comienza una sección muy bonita que se llama: Mi Vida en el Pueblo.

Recuerdo que llovía mucho, bastante... También recuerdo con cierta nostalgia que el pequeño comercio y las ventas reinaban en el pueblo.

Fíjense, solo en La Guancha Abajo había más de siete ventas.

Nosotros, en casa, hacíamos la compra del mes en la venta de **Carmen, la de Rosendo madre**, que por cierto, tenía servicio a domicilio incluido... Esto hoy en día te lo cobran aparte. Nos llevaba la compra a casa con un Land Rover lleno hasta los topes por 25 mil pesetas.

Pero la venta de Carmen cerró, como la mayoría, y con el tiempo compraríamos en la tienda de **Caya**, conocida como “La Patrona”, que está justo antes de subir al campo de fútbol.

Ese lugar nos vio crecer a mi hermana y a mí, fiando las compras de mi madre, con la famosa frase de: “Dile a Caya que te lo apunte”.

Una frase que reinaba en casa cuando ya picábamos el veintipico de cada mes... Y cuando terminaba, siempre añadía: “Y cuidado por la orilla pa’arriba que los coches pasan como vientos”... En ese tramo no había acera, y a día de hoy tampoco. Y como decía el amigo Manolo Vieira: “Quien lo quiera coger que lo coja” (que, por cierto, en una de las presentaciones en las que coincidí con él, me dijo tal cual: “Cuando vino a La Guancha fue a un sitio de costa de no sé qué del viento” que lo había cautivado).

Volviendo a estas líneas, qué bonito haber pertenecido a esa generación en la que aún se fiaba con cartones para luego pagarlo en efectivo.

En casa se ponía la lotería donde **Rafaelito**; alguna prenda de **Fefa** siempre caía cuando mi abuela salía de repetir el día de cobro. Por costumbre, también comprábamos una bolsita de golosinas en la **tienda de Mima** cuando salíamos de la **Floristería Morales**, después de enramar... Aquello era el paraíso de las golosinas, hasta que luego nos afincamos en **Maximina**, en la plaza de la feria.

Y si hablamos de establecimientos que han dejado huella en la vida del pueblo, tengo que mencionar **Casa Yeyo**, que siempre fue un hervidero de maestros y maestras, especialmente los viernes, de visitantes al pueblo, e incluso para los vecinos que comíamos muy bien y barato. Y los domingos, eso sí, no faltaban **los pollos del Arado**.

Al salir del colegio, las vueltas a casa siempre tenían una parada obligatoria: pasar a saludar a **Tito en la ferretería**. Aunque estuviera ocupado en el almacén, cuando nos escuchaba a mi hermana y a mí, salía para hacernos un reloj en la muñeca con su inseparable boli Bic. Tito es de esas personas del pueblo con las que solo se puede esbozar una sonrisa de agradecimiento por cómo ha sido, en mi caso, bueno y atento con la familia, siempre reservándonos la lotería de Navidad de la banda.

Luego tocaba un saludo a **Juanito, el de Heridania**, que siempre aguardaba en la puerta de la venta. Eso, cuando no recortábamos camino por la Hoya Honda con Patricia, la nieta de Mencha, para dar a la lengua. Han pasado más de veinte años y seguimos igual, jajaja.

Con la que, por cierto, comparto anhelos y nostalgias, porque somos dos guancheras y a las dos nos separan casi los mismos kilómetros de nuestro pueblo.

Gran parte de mi niñez transcurrió en las calles del barrio del Pinalete, en el parque, en la plaza... Y fue allí donde me subí por primera vez a un escenario por las fiestas, aunque en aquel entonces bailando con el grupo Yaivanet —por cierto, grupo con el que también actuamos en estas fiestas y en esta plaza—.

Y ahí parece que le cogí el gustito a esto de los escenarios.

Entre tanto, así respiré los primeros años de vida en el pueblo.

“Por eso hoy celebro mi Raíz”.

En este punto, el capítulo pasa a llamarse: “Una historia en verde y blanco”, como bien indicó hace poco el siguiente protagonista de mis líneas.

Como decía, así respiré los primeros años de vida en el pueblo, ¡hasta que se cruzó en el camino **Darío Hernández!** Él, me atrevo a decir, cambió casi todo cuando nos insistió a mi hermana y a mí que entrenáramos al baloncesto en las canchas del poli.

En la familia, ya saben, nos hemos caracterizado por la altura, y mi hermana y yo, junto con Romén, el de Mauro y Ángeles, éramos los más altos de la clase. Ahora solo tienen que ver a mi hermano, que nos dejó chicos a todos.

Bueno, pues esto Darío no lo pasó por alto, hasta que nos convenció para jugar.

Desde entonces, el baloncesto se convirtió en el centro de todo. Nuestro círculo de amigos, de convivencia, de ocio... porque no era solo ir a entrenar o jugar — sobre todo al principio, cuando solo iba a los partidos y a los entrenamientos ni por asomo — era mucho más.

Era empezar la pretemporada cuando terminaban las fiestas.

Saliendo a correr en grupo con las chicas hasta la Avda. Villa Nueva, tardes en la plaza de la feria, ir a ver al resto de los equipos jugar... El pabellón fue siempre nuestro punto de encuentro.

Sin lugar a dudas, mi paso por el club forjó mi identidad con La Guancha.

Podemos decir con orgullo que el club nos ha dado muchas alegrías a lo largo de su historia. Sin ir más lejos, este año nuestro senior femenino, en el que jugué hace ya un par de años, se ha proclamado campeón de Canarias y ha firmado su ascenso a 1ª autonómica. Esto es para celebrarlo y sentirnos muy orgullosos.

Además, hay que reconocer que el baloncesto es lo que mantiene vivo y dinamiza el pueblo los meses de verano, por un lado con el campus para los más pequeños y, por supuesto, con los 40 años del torneo de verano, por el que cada vez nos visita y conoce más gente.

Volviendo a mi paso por el club y la importancia de Darío en mi trayectoria, quizás muchos no sepan que él me dio la mano en mis primeros pinitos en Radio La Guancha... cubriendo hasta los backstage del Carnaval de Santa Cruz o algún rally del Norte.

Él insistió a algunas productoras de la isla para que se fijaran en mi talento como presentadora, o me invitó a presentar la tan reconocida fiesta murguera.

Darío, no solo te has volcado con el progreso de este pueblo y con el baloncesto, conmigo también lo hiciste.

Así que, si me lo permites, mi camisa del club siempre lucirá el número 15.

“Por eso hoy celebro mi Raíz.”

Es momento de brindar espacio a una sección que se titula: En el Corazón Siempre.

Me formé en el Colegio Plus Ultra y luego en el IES Jerónimo Morales Barroso. Mantengo con cariño el recuerdo de maestros y maestras de este pueblo, como **Don Luciano, Don Pepe, Doña Paca, Don Agustín o Doña Lili**.

Y sin duda, en un lugar muy especial, el sonoro ruido de las llaves con el que **Román** nos recibía cada mañana. Al “cañón de lo que necesitaras”, a la orden para cualquier fotocopia, o al chivatizo cómplice de alguna novedad, a los alumnos, Román nunca nos falló. Que el pabellón lleve su nombre es lo mínimo para recordar a uno de los espíritus del instituto, Román Reyes. Porque hay personas de este pueblo que siempre estarán en la memoria colectiva, y siempre los recordaremos con una sonrisa.

En este pueblo aprendí a querer, a crecer, a decir adiós y a emprender camino para estudiar en la universidad. Un camino que no fue fácil los primeros años porque las cosas en casa no estaban muy boyantes. Aquí debo detenerme para agradecer a dos vecinos del pueblo que también me allanaron el terreno para que yo esté hoy sobre este balcón. Siempre estuvieron ahí para ayudarme a sacar la carrera y echarme una mano cuando lo necesité. Estuvimos muy unidos durante años y desde entonces nunca dejaron de ser familia. Les hablo de **Cristóbal y de Gari**. Nunca olvidaré su ayuda, gracias.

Y entre tanto, llega el momento de renunciar, de sacrificar tu lugar —este lugar, que siempre ha sido mi casa— para poder crecer... y mi camino me guía hasta Gran Canaria. Es entonces cuando despega mi carrera profesional.

A mis 35 años he trabajado en **numerosas redacciones de televisión, he presentado más de diez programas, algunos en prime time en Televisión Canaria, he presentado algunas de las galas más importantes, previas, unas campanadas, transmisiones, dirigido tres documentales, proyectos propios...** y en paralelo también crecí en lo personal, porque este camino me llevó a echar raíces en la isla vecina, con muchos anhelos y nostalgias, no lo voy a negar. Allí, en Gran Canaria, he formado mi familia, de la que estoy profundamente enamorada y, encima, hoy tengo la suerte de que estén aquí conmigo: mi hija Lucía y mi pareja Chus.

PERO, ¿SABEN UNA COSA?... LA GUANCHA, AL FIN Y AL CABO, SIEMPRE HA ESTADO CONMIGO.

Porque, a pesar de la lejanía y del tiempo, estamos hechos de donde venimos y de la gente que ha formado parte del camino.

Aquí aprendí valores que no hay libro ni ciudad que enseñe. Solo los que nos hemos criado en pueblos pequeños sabemos de lo que hablamos: el esfuerzo, el valor de la comunidad, del saludo por la calle, el “se lo voy a decir a tu madre”, las fiestas como reencuentro, o nuestra particular manera de ser y sentir.

Orgullosa, seguiré llevando el nombre de La Guancha a cada rincón del archipiélago, en cada espacio que se me brinde, hasta que mi garganta deje de ser altavoz.

De verdad, no se imaginan lo feliz que soy cuando un canario, o un vecino de Arrecife, de Breña Baja en La Palma, o un majorero, se acerca y me dice: “Ya sé que eres de La Guancha, ya.” Ese es el gran regalo.

“Por eso hoy celebro mi Raíz”

AQUÍ VA EL SIGUIENTE CAPÍTULO DEL PROGRAMA: LAS FIESTAS.

Unas fiestas que comencé a disfrutar cuando Nena y Vicente nos traían a las noches de cine al aire libre y, con suerte —repito, con suerte—, a la papada un ratito, hasta la 1 o 2. Nuestra primera papada fue con ellos. Hasta que en 2005, con 15 años, me proclaman Reina de la Cosecha de las fiestas con el traje de la Esperanza. Fue entonces cuando ya no hubo excusa:

“Tenía que estar en todos los actos de la fiesta.”

A partir de entonces, cada año las fiestas empezaban con un pincho en el torneo de verano, seguido de la bajada de las hayas, luego tocaba saborear los diferentes actos... el jueves noche en el casino, hasta rematar con la papada, y todo esto aderezado con el salitre del Charco, siempre que el tiempo acompañaba.

Y es curioso, porque muchos de los que hemos estudiado en La Laguna o incluso fuera, además de tener que experimentar ese breve diálogo que les sonará a muchos, que dice:

“—¿Y tú de dónde eres?

—De La Guancha.

—¿Y eso dónde queda?”...

Pero no es un tema contemporáneo, en antaño, cuando las carreteras aún estaban en el imaginario, por aquel entonces también nos consideraban “un pueblo alejado” las burguesías de la capital chicharrera... Pero he de decir también, y volviendo más al presente de esta realidad, que con suerte te topabas con algún culto geógrafo de la zona capitalina que te soltaba:

“Ahhh, eso está por Icod, ¿no?...”

Lo cierto es que casi siempre hemos aprovechado las fiestas del pueblo como carta de presentación para acercarlos a nuestra gente y nuestro municipio.

Y pasa que con el tiempo solo te recuerdan tu fiesta y lo bien que lo pasaron, y “qué grande esa bajada de las hayas” y “qué amanecida después de la papada”.

Estas fiestas enamoran, y también nos unen, nos reencuentran y nos permiten compartir con las personas con las que nos hemos criado y crecido, pues “ponernos al día” de cómo nos va la vida, qué caminos hemos cogido, dónde andamos y cómo nos va todo.

Estas fiestas nos permiten recordar con una sonrisa a personajes como “**Pepe Ventura**”, que tanto hizo por su Bajada de las Hayas. Aquí quiero aprovechar para instar a la actual corporación municipal a que de alguna manera simbólica mantenga viva su persona en cada bajada de las hayas. Y más aún cuando se cumplen, este 2025, 25 años de Bajada.

Estar hoy en este balcón también me lleva a representar a una generación del municipio, porque los 90 dieron muy buenas cosechas y muy buenas personas.

Una generación que aún iba a las cabinas de teléfono, especialmente a la que estaba frente a la plaza de las ferias, utilizaba diskette, alquilaba películas en el videoclub que tenía Pedro el Panadero, pasaba horas en el ciber conectado al Messenger... y en verano se acoplaba en el coche del cualquiera para darse un baño en el Charco.

Una generación que en misa solo escuchaba a **Pilar**, que le recogía el correo a **Marta la cartera**, le compraba bombonas a **Juanito**, saludaba a **Oco** antes de entrar al instituto mientras él repartía el periódico... o que ha escuchado las hazañas de **Chano Marante**.

Una generación que nunca olvidará a **José Carlos**, conocido cariñosamente como **Toti**; a **Karen** en su silla de ruedas y su camisa del Madrid; o a **Alexis**, amigo y vecino de Santo Domingo... ellos siempre formarán parte de nuestra historia en el pueblo.

Y quiero encarar la recta final de este pregón poniendo en valor todos los motivos que tenemos para sentirnos orgullosos de ser guancheros y, en mi caso, abanderar siempre esta “rayita en el mapa”, como muchos llamaron.

Porque La Guancha es tierra de personas nobles, trabajadoras y unidas cuando nos hemos necesitado. Tierra de cultivos, de los que destaca la viña, que permite caldos de referencia internacional. La Guancha es referente en educación gracias a maestros y maestras como **Ángeles Machado, Doña Isolina, o la incansable mano de Jerónimo Morales Barroso**.

Pero también es referente de grandes músicos, y tenemos el privilegio de contar con una banda que ha cumplido 100 años de historia: **La Agrupación Musical La Esperanza de La Guancha**, que sin duda merece ser la banda sonora de este pregón.

Los que somos del 90 no pudimos vivirlo, pero, ¿qué me dicen de la **Feria** de Ferias? El mayor escaparate de artesanía, ganadería y cultura de las ocho islas... Dicen que las colas de coches llegaban a la playa del Socorro.

Nuestro pueblo fue noticia a nivel nacional por ser el único capaz de unir feria de vinos, de queso, de libros, de ganado, trilla, lucha canaria, cerámica, talleres, alimentación, tecnología... lo mejor de cada casa en nuestro pueblo, y ¿por qué no volver a intentarlo?...

Somos referentes en el deporte, aunque hayan venido a nuestra casa a llamarnos “magos en muchos partidos”, a mucha honra y con mucho orgullo.

Con un **casino** que guió la cultura de todo un pueblo, con sus afamados bailes y presentaciones en sociedad. Lugar en el que todos hemos compartido historias.

Un **Centro de Artesanía** de gran valor cultural y etnográfico, cuya dedicación a la recuperación y enseñanza de oficios ancestrales contribuye a conservar y atesorar la identidad cultural de La Guancha y de la isla de Tenerife.

Un pueblo que se hizo a sí mismo y que siempre se ha mecido entre la leyenda de la conquista y la historia.

Y aquí, una servidora seguirá comprometida siempre con el pueblo, y no duden que llevaré el nombre de La Guancha con dignidad y orgullo allá donde deba estar, porque sin duda es aquí donde mi alma encuentra paz.

Antes de terminar, me van a permitir que tenga una pequeña licencia. Siento que se me pueda quedar mucha gente atrás y no quiero tenerles aquí hasta la papada, pero no me puedo ir sin dedicar, en especial en este pregón, a mi padre y a mi madre.

“Por eso hoy celebro mi Raíz.”

